

EL FUTURO NOSTÁLGICO: *desplazamiento, terror y género*

DONNY MEERTENS

DOCENTE DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

INVESTIGADORA ASOCIADA DE LA ESCUELA DE INVESTIGACIÓN AGIDS DE
LA UNIVERSIDAD DE AMSTERDAM.

Correo electrónico: sanmeer@colnodo.apc.org

Resumen

LA VIOLENCIA POLÍTICA EN COLOMBIA TIENE UN IMPACTO EN LA VIDA SOCIAL DIFERENCIADO POR GÉNERO. Una de las más dramáticas consecuencias sociales del conflicto armado entre la guerrilla, los grupos paramilitares y el ejército, durante las dos últimas décadas, ha sido la migración interna forzada de más de un millón y medio de personas, quienes, individualmente o en pequeños grupos, escapan hacia las ciudades provinciales o hacia la capital del país. Los hombres y las mujeres viven de manera diferente el desarraigo, el desplazamiento y la reconstrucción de la vida. El propósito de este artículo es contribuir al entendimiento de los procesos por los cuales los hombres y las mujeres reconstruyen sus vidas, y renegocian sus identidades y roles de género. También presenta los aspectos que deben tenerse en cuenta para el diseño de políticas sensitivas al género, para las personas que hayan sido desplazadas internamente.

Abstract

POLITICAL VIOLENCE IN COLOMBIA HAS A GENDER-DIFFERENTIATED IMPACT ON SOCIAL LIFE. During the last two decades, one of the most dramatic social consequences of the armed conflict among guerrilla, paramilitary groups and the army has been the forced internal migration of more than a million and a half people who, individually or in small groups, flee to provincial cities and to the national capital Bogotá. Women and men experience in a different way the uprooting, displacement and reconstruction of life. The aim of this paper is to contribute to the understanding of the processes by which women and men rebuild life and renegotiate identities and gender roles, as well as the aspects that must be taken into account for a gender-sensitive policy for internally displaced people.

Revista Colombiana de Antropología

Volumen 36, enero-diciembre 2000, pp. 112-134

Todo es ruina en esta casa,
están en ruina el abrazo y la música,
el destino, cada mañana, la risa son ruina,
las lágrimas, el silencio, los sueños.
Las ventanas muestran paisajes destruidos,
carne y ceniza se confunden en las caras,
en las bocas las palabras se revuelven con miedo.
En esta casa todos estamos enterrados vivos
MARÍA MERCEDES CARRANZA, "La Patria" (fragmento)¹

LA INVESTIGACIÓN: DESPLAZAMIENTO, GÉNERO Y VIOLENCIA²

GRAN PARTE DE LA INFORMACIÓN SOBRE LA CUAL SE REFLEXIONA EN este artículo ha sido recogida por un equipo de investigadoras sociales del cual formé parte, durante el desarrollo del proyecto "Reconstrucción de la vida cotidiana de hombres, mujeres y jóvenes desplazados por la violencia", realizada entre 1998 y 1999 en las ciudades de Bogotá –y Soacha–, Bucaramanga y Piedecuesta –Santander–³. En este trabajo investigativo se realizaron 108 entrevistas a profundidad, estratificadas según sexo (62% mujeres, 38% hombres), edad –desafortunadamente con subrepresentación de adolescentes debido a dificultades para ubicarlos o para ganar su confianza–, tiempo de desplazamiento –de menos de tres meses hasta más de cinco años– y tamaño de la ciudad a donde se llega. Consideramos que éstas podrían ser las categorías básicas de diferenciación en el proceso de desplazamiento y reconstrucción de proyectos de vida. No obstante, en este ensayo me limito a elaborar unas reflexiones sobre las diferencias de género⁴, en el contexto de procesos de desplazamiento individuales y dispersos hacia la gran y mediana ciudad. Es ese contexto específico de la individualidad, soledad y dispersión que he querido subrayar, ya que continúa siendo la

1. Carranza, 1987: 13. Agradezco a Silvia Arias, politóloga, estudiante de la maestría de estudios de género, la referencia a esta poesía.

2. Apartes de este ensayo se publican simultáneamente en inglés en el libro *Victims, Perpetrators or Actors? Gender, Armed Conflict and Political Violence*. Caroline Moser y Fiona Clark, eds. Londres, Zed Books, 2001.

3. Proyecto apoyado por Colciencias y desarrollado desde el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia bajo la dirección de Donny Meertens y Nora Segura.

4. El análisis de todo el material cualitativo, enorme en volumen y riqueza, todavía no ha concluido.

modalidad predominante, aunque menos visible y menos atendida, de los flujos de desplazamiento en el país⁵.

Antes de presentar datos y reflexiones, la metodología de investigación merece algunas observaciones. La combinación de técnicas antropológicas –la entrevista a profundidad, la historia de vida– con las propias de la investigación sociológica –selección de una muestra y uso de un formato –guía para la entrevista–, permitió recoger información cualitativa y longitudinal –relatos, percepciones, trayectos de vida, interacciones–, a la par con datos más factuales, susceptibles a un tratamiento cuantitativo con un propósito doble: la comparación y la identificación de tendencias. Sin embargo, las dificultades de procedimiento nos señalaron las limitaciones y los posibles sesgos de la muestra, la cual, por lo demás, careció de un universo de referencia claro, ya que desconocíamos cuántos desplazados pudieran albergar Bogotá o las ciudades de Santander. Más tarde, Codhes⁶ publicó su estudio sobre Bogotá y Soacha, en el cual se indica que entre 1985 y 1994, 117 mil desplazados llegaron a Bogotá, y 210.555 entre 1995 y 1998. Si tomamos sólo la cifra de

5. Según el Sistema de Información sobre Desplazamiento Forzado y Derechos Humanos (Sisdesh) de Codhes, sólo 21% de la población desplazada en 1997 y 1998, huyó en forma de éxodos en masa como última opción para salvar sus vidas ante situaciones registradas como masacres, asesinatos selectivos, desapariciones, amenazas y ataques aéreos (Codhes, 1999: 456).

6. Codhes, 1999: 356.

los últimos cuatro años, donde se ubica la mayoría de los entrevistados, la muestra de Bogotá –cuarenta y ocho entrevistas sin contar los grupos focales con jóvenes– representa el 2%. Por otro lado, y dadas las dificultades de entrar en contacto con suficientes desplazados para hacer una verdadera selección según criterios de estratificación, algunos sesgos en la población eran inevitables: en la composición étnica, la mayor presencia de los recién llegados y en los contactos institucionales de los desplazados. Los y las entrevistadas de Soacha fueron abordados a través de la Fundación Amor; los de Suba por las escuelas distritales y los de otras localidades de Bogotá, Piedecuesta y parte de Bucaramanga por diferentes instituciones de la Iglesia; entidades esas que, por consiguiente, ocupan un lugar predominante en la información recogida.

Por otro lado, las largas y profundas entrevistas han dado cabida a un amplio juego de la intersubjetividad, es decir, a unos procesos dialécticos en los cuales el género está presente como

campo de tensión entre la identificación y la diferencia, mientras la violencia actúa como un conjunto de verdades entrecruzadas. Los debates en torno a género e intersubjetividad han llevado a una creciente preocupación metodológica sobre la necesaria flexibilidad en el manejo del espacio entre la identificación/empatía y la distancia reflexiva (Meertens, 2000: 43). En efecto, en los contextos de conflicto armado, de desarraigo, de odios mal-disimulados y de miedos aplastantes, la relación entre entrevistadora y entrevistado/a está bajo una permanente tensión. Desde la empatía nos preguntamos: ¿cómo dar sentido y contenido a una relación humana en que evocamos hechos traumáticos sin ser terapeutas y sin brindar condiciones de continuidad o participación? Y desde la distancia: ¿levantamos suficientes capas del discurso múltiple para descubrir la verdad? A veces la confusión y la pérdida de significados imponen el silencio; otras veces el sinsentido de las lógicas de la guerra se expresa en términos complejos, de falsedades, motivos dobles, desconfianzas. Cuando la guerra se impone en la vida cotidiana, como lo ha expresado tan bien Nordstrom (1995: 137), “la razón se convierte en una cacofonía de realidades”. Es lo que experimentamos como entrevistadores de hombres y mujeres espantadas por el terror. Cabe aquí una última reflexión, metodológica y temática a la vez: la de cómo representar las contradicciones entre el llanto y el tesón, el miedo y la esperanza, la nostalgia y la proyección al futuro. Iniciamos el estudio con el propósito de concentrarnos en la reconstrucción de proyectos de vida. Pero los y las entrevistadas nos hicieron caer en cuenta cuán importante sigue siendo el pasado para la nueva configuración de sus vidas. Por ello, este ensayo dedica la primera parte a los efectos del terror.

Las y los desplazados entrevistados provienen de los cuatro puntos cardinales del país. Encontramos cuarenta y nueve lugares –municipios– distintos de expulsión, repartidos en dieciocho departamentos. En medio de esa gran diversidad de origen, la región de expulsión predominante en Bogotá era el departamento del Meta –el Ariari y Mapiripán–; en Bucaramanga toda la región del Magdalena medio y en Piedecuesta se concentró la población expulsada del sur de Cesar. Las familias encabezadas por una mujer constituyeron más de una tercera parte, 37%, del total –una cifra corroborada por los estudios de Codhes y de la Arquidiócesis de Bogotá –1997–, mientras que las viudas ocuparon 14%. Pero este último porcentaje no refleja la realidad de los

estragos de la violencia en el seno de la familia: un grupo mucho mayor de personas manifestó haber perdido esposos, hijos, padres o hermanos en hechos violentos que ocurrieron antes del desplazamiento y que no siempre fueron las causas directas del mismo. La mayoría de las familias –70%– era de extracción campesina, generalmente pequeños propietarios. Se reflejaba, por otro lado, la creciente diversidad ocupacional que en algunas regiones ha desdibujado la tradicional distinción entre lo *rural* y lo *urbano* en las experiencias vitales de pobladores, pues una parte considerable, 30%, ejercía ocupaciones de tipo urbano antes del desplazamiento. Encontramos conductores de bus o campero, sastres, trabajadoras del sexo, pequeños comerciantes, obreros de construcción, peluqueras, maestras, para mencionar algunas pocas ocupaciones distintas al agro⁷. La presencia de cultivos ilícitos ha sido un factor de estímulo a la movilidad

y a la diversidad poblacional, ya que a raíz de ella aumentó vertiginosamente la circulación de personas, de dinero y de artículos de consumo y cre-

7. Esta cifra difiere de la de Codhes, que indica sólo 9% de ocupaciones no-rurales para los desplazados en Bogotá. Codhes, 1999: 366.

cieron pequeños núcleos urbanos donde se ha concentrado el comercio, el transporte y los sitios de diversión. Toda esa diversidad, sin embargo, se funde en una sola condición a la hora de la huida: la de desplazados y desposeídos.

DESPLAZARSE, DESORIENTARSE: ESPACIOS, TIEMPOS E IDENTIDADES

AS APROXIMACIONES CONCEPTUALES DE ESTE ESTUDIO SE AGRUPAN EN torno a tres ideas centrales. En primer lugar, el desplazamiento forzado de la población rural debe ser abordado como un proceso multidimensional que no se agota en el momento de llegada a la ciudad ni termina con las luchas para la supervivencia material. Los legados del pasado y las perspectivas del futuro forman parte inextricable de ese proceso y remiten a la compleja interacción de rupturas y continuidades en la vida personal y colectiva. De cierta manera, podríamos decir que la temporalidad es un referente tan importante como el lugar en la vida de los desplazados, pero se manifiesta de manera más sutil

y subterránea. Des-plazarse, cambiar de plaza o de lugar, representa un fenómeno geográfico observable y va acompañado de una experiencia, subjetiva pero no menos tangible, de desarraigo y pérdida. Desplazarse forzosamente significa, además, romper con el proyecto vital, con una elaboración –sea ésta profunda o rudimentaria– del futuro personal a partir del pasado. Desplazarse, entonces, es también des-orientarse en el tiempo. Las temporalidades del desplazamiento, por tanto, tienen que ver, por un lado, con la inmediatez de la huida, la duración del éxodo o la espera de un empleo; y por otro, más espiritual que material, con la permanencia del pasado en la memoria y con la pérdida de rumbo de la proyección personal y colectiva.

En segundo lugar, hombres y mujeres desplazadas, aunque principalmente son víctimas de la violencia y del terror, se constituyen, simultáneamente, en forjadores activos de su futuro. Por ello, el análisis incorpora esa tensión permanente entre la condición de víctima de la destrucción y agente de la reconstrucción. Agencia no refiere sólo a la idea unidimensional de *hacer* o *actuar*, sino también a la de *ser*, en el mismo sentido en que Amartya Sen se refiere al concepto de calidad de vida en términos de expansión de potencialidades, de *desempeños* o *hacer* y *ser* (Sen, 1989). Por consiguiente, no se limita el análisis al conteo de pérdidas materiales, de trayectos recorridos, de niveles de pobreza o de períodos de desempleo –todo eso de suma importancia para enfocar el desplazamiento como un problema de derechos humanos y de desarrollo, pero no suficientes para entender el alcance del impacto humano–. Lo anterior nos lleva a incluir la experiencia subjetiva como dimensión indispensable para entender los cambios, las potencialidades y los límites del *ser* y del *hacer* de los y las desplazadas en el proceso de reconstrucción de sus proyectos de vida.

En tercer lugar, e íntimamente ligado a la idea anterior, en todos los conflictos armados no sólo se disputan cuotas de poder o recursos materiales, sino también identidades (Cockburn, 1998: 8-9). Identidades no se consideran aquí atributos estáticos, o dados por la naturaleza sino procesos dinámicos, complejos y relacionales. En las palabras de Liisa Malki: "Identidad (...) siempre es móvil y cambiante, en parte una auto-construcción, por otra parte una categorización impuesta por otros, en parte una condición, un status, una etiqueta, un arma, un escudo, un fondo de memorias...(...)" (Malkki, 1992: 37). Por

ello, cuando se trata de aplicar una perspectiva de género en el estudio de desplazamiento forzado, la mirada se detiene en las experiencias personales diferenciadas de hombres y mujeres y el análisis no sólo pretende registrar el cambio en los roles o la división del trabajo, sino también los procesos de transformación de las relaciones y de las identidades de género. Mujeres y hombres viven de maneras y de intensidades distintas el terror, el trauma, el desarraigo, es decir todo el proceso de violencia, desplazamiento y las rupturas que conlleva. Ellas y ellos re-negocian diferentes aspectos de su identidad, reconstruyen tejido social de una manera disimilar y a veces expresan esperanzas y sueños divergentes. Uno de los contrastes de género más sobresalientes es que las mujeres, a diferencia de los hombres, tienden a ganar un poco más de autonomía y sociabilidad y a visualizar nuevos horizontes para sus proyectos de vida, los cuales, por lo demás, se orientan más hacia la vida urbana que los de los hombres.

El concepto de proyecto de vida remite a un campo de estudio y de acción mucho más amplio que el de las estrategias de supervivencia material. Incluye las dimensiones de experiencia, identidad, percepciones. Abre perspectivas hacia el futuro en términos de esperanzas y propuestas, articuladas entre sí, tanto en los individuos como en las colectividades sociales (Sobernigo, 1990: 46-47). Tener un proyecto de vida sugiere una intención, una voluntad de superación, alguna planificación y, sobre todo, cierta capacidad de controlar el curso de la vida cotidiana. Implica por lo menos una noción del tipo de actividades y relaciones sociales mediante las cuales podría aproximarse a ese futuro deseado. Aunque es más que una estrategia de supervivencia física, requiere, desde luego, unos cimientos materiales para poder superar el nivel de sueños bonitos o aspiraciones irreales. Por otro lado, incluye la carga del pasado en términos de experiencias y titularidades. Todo eso permite que en interacción con el nuevo medio –generalmente urbano– se conformen diferentes vulnerabilidades entre hombres y mujeres, o, al contrario, distintos niveles de resiliencia –ese acervo de fuerzas personales que evocan resistencia cuando se enfrenta la destrucción–; provocan una actitud positiva ante la vida en medio de las adversidades y sostienen el momentum hacia adelante a pesar del abandono, la exclusión o el rechazo social. Por ende, un proyecto de vida se edifica a partir de la existencia personal y la identidad social, de tal manera que de allí surjan nuevas

orientaciones y referentes de inclusión social, más allá de los recuerdos del pasado.

Los estragos del terror y del desarraigo: el tejido deshilachado

Las dinámicas del conflicto armado y las múltiples manifestaciones de la continua degradación de la guerra en términos de derechos humanos y derecho internacional humanitario no van a ser objeto de análisis aquí. Basta mencionar cuatro elementos interrelacionados del conflicto que aportan a la comprensión de los ritmos de desplazamiento, los alcances del desarraigo y las dimensiones de la desorientación individual y social. El primero es la impresionante expansión geográfica de los actores armados no-Estatales –guerrilla y paramilitares–, en busca del dominio territorial como estrategia de guerra. El segundo es la tradicional fragmentación regional del poder del Estado y de las identidades políticas de los pobladores rurales, cuyos referentes han sido dados, más que por una comunidad nacional, por unas redes locales y clientelistas del poder (Pécaut, 1999a), y cuyos movimientos políticos alternativos se han encontrado con una violenta represión Estatal. El tercero es la instrumentalización de la guerra, en comparación con el peso de las identidades político-sociales en juego durante el período *clásico* de *la Violencia* de los años cincuenta y sesenta. En la dinámica actual, la identidad cultural, política y social del enemigo pierde importancia frente a otros determinantes: su condición socioeconómica, su efectivo apoyo a uno u otro bando o simplemente su ubicación geográfica del momento. Por consiguiente, el interés, en aquella época, por extermiar al otro *hasta la semilla*, cargado con un enorme simbolismo de género (Meertens, 1995), ha dado lugar a un interés en amedrentar, sujetar, conquistar la población y su territorio, o desplazarla para apropiarse de sus tierras. El cuarto elemento es el uso del terror por los actores armados. Introducido en su forma más cruel –la masacre– por los paramilitares, el terror se convirtió en una estrategia que al menos en algunas de sus modalidades –hostigamiento, masacre, asesinatos, amenazas, boleteo, reclutamiento forzoso– ha sido adoptado por todos los actores armados. Mientras que anteriormente, en sus baluartes tradicionales, la

guerrilla podía ofrecer cierta protección a la población civil, esta capacidad se ha mermado ante la rápida expansión de sus frentes y la cada vez más dura contra-ofensiva de los paramilitares. En la cadena de sucesivas conquistas-reconquistas de territorio, el terror se impuso como el mecanismo más eficaz de subyugar la población.

Para la población rural, antes de ser desplazada, ¿qué significaba vivir en medio del terror? El terror en Colombia, a diferencia de las dictaduras del cono sur o en las guerras civiles centroamericanas de los años setenta y ochenta, no es monopolizado por el Estado; tampoco es exclusivamente dirigido al exterminio de minorías étnicas, como en otros continentes; o de grupos políticos opuestos, como lo fue durante *la Violencia* de los años cincuenta y sesenta. Es, en palabras de Eric Lair (1999: 67), una estrategia descentralizada y de-institucionalizada para destruir el tejido social e imponer el control absoluto sobre una comunidad. Se ejerce a través de actos ejemplarizantes, selectivos pero arbitrarios, erráticos, irregulares, inminentes pero impredecibles en cuanto a su momento exacto de golpear a la comunidad. Afecta profundamente la acción colectiva de la población civil, porque ésta es invariablemente interpretada como una muestra de compromiso con uno de los actores armados. No se permite la neutralidad, pero más allá de la polarización, lo que impone es el reino de la desconfianza. En muchos casos, el terror ha penetrado las rutinas, no sólo del espacio público y de la vida colectiva de una comunidad, sino del ámbito cotidiano e íntimo de la familia, el amor y la atracción sexual. Es lo que Daniel Pécaut (1999b) ha llamado el efecto del no-lugar, que es la pérdida de los espacios privados para la construcción de vínculos afectivos seguros. Frecuentemente, cuando la población es forzada a huir de su región, el desarraigo de su lugar geográfico ha sido precedido por un desarraigo emocional: el retiro de los lazos sociales y, en ocasiones, la negación de su pertenencia. A pesar de presentarse antes de los hechos de violencia propiamente dichos, la desconfianza o la incertidumbre sobre la propia identidad social pertenece al conjunto de los traumas propios de la guerra. Son experiencias cruciales para entender los procesos identitarios a través de los cuales los y las desplazadas reconstruyen sus vidas. La tradicional tendencia de los hombres a mayor participación política o cívica, así como su manera diferente de construir pertenencia social, hacen que esos procesos se presenten de manera diferenciada por género.

El frecuente cambio de manos del poder local a consecuencia de las conquistas y reconquistas de territorios por los grupos armados, implica, para la población civil, un proceso de permanente adaptación a nuevos requerimientos de lealtad y simultáneamente, un temor de ser acusado de viejos compromisos con los detentores anteriores del poder. Primero llegan las acusaciones arbitrarias: las actividades cotidianas de sustento, como la venta o el transporte de alimentos, se convierten de repente en la prueba última de haber sido ayudante del bando anterior. Por consiguiente, la población trata de evitar cualquier responsabilidad pública tanto para sus actos anteriores como para los presentes, anticipando las acusaciones durante la próxima ronda de cambio de poder. Las manifestaciones de ciudadanía –el voto, la participación en espacios de decisión, la demanda, el reclamo ante el Estado, la tutela, la discusión pública– se realizan con bajo perfil, desde los pequeños actos de solidaridad hasta la protesta desesperada contra la violación de los derechos humanos. Mientras en tiempos normales, el espacio público donde los individuos encuentran su lugar requiere un mínimo de confianza, el ejercicio del poder arbitrario lleva a la desconfianza total, que erosiona todos los lazos de solidaridad. Vínculos primordiales como el parentesco y el hogar –antes identidades *dadas*– se confunden ante la imposición de lealtades por los que sucesivamente detienen el poder. Las narrativas de la violencia se pierden en un mar de acusaciones, donde los límites entre lo real y lo imaginado se disuelven y la posición en las redes de poder de quien relata la historia puede ser interpretada de varias maneras.

Algunos años antes de abandonar la zona, mataron a mi hermano y a mi tío. Mi hermano tenía un amigo, muy buen amigo, quien era un paramilitar, pero en secreto, nosotros no sabíamos. Ellos salían a tomar juntos en otra vereda, cuando lo mataron. Porque él no quiso meterse al grupo de ellos. Primero dijeron que había sido la guerrilla que lo mató porque era amigo de los paras, pero después me contaron que habían sido los paramilitares mismos, porque nos acusaron también de ser guerrilleros (...) Y ahora, mire, yo pienso como campesino, yo pienso en mi tierra, yo no pienso como aquellos jóvenes guerreros, eso parece una locura. Y luego...por allá andaba un joven que se metió a la guerrilla porque quería matarme a mí, porque él creía lo que otros le habían dicho, o sea, que yo maté a su papá, quien era un paramilitar... entonces me comenzó otra vez la congestión...

(...) En algún momento, la hermana de él me comentó que él andaba por allí cerca y que si ella fuera mí, me saliera de la región. Uno en zona de guerra vive pendiente de todo..." (Entrevista con hombre desplazado en Bogotá, marzo de 1999).

En la entrevista anterior, los lazos familiares, las lealtades impuestas por los grupos armados, la venganza y toda suerte de otros motivos se conjugan en un sentimiento predominante de desconfianza. La desconfianza se caracteriza por "un agitado estado de conciencia e inquietud en reacción a un medio que presenta extrema inseguridad e incertidumbre" (Daniel y Knudsen, 1995: 2). En el lenguaje, la desconfianza se oculta de diferentes maneras: palabras reemplazadas por silencios; expresiones de confusión y sobre todo, referencias a la falta de sentido de lo que está pasando. Distinciones entre los *malos* y los *buenos* comienzan a desdibujarse o se vuelven irrelevantes ya que todos llevan el mismo uniforme de camuflaje y sus motivos se confunden. Todos pueden convertirse en sus víctimas; la inocencia ya no cuenta.

Cuando alguien tocaba la puerta, nosotros pensábamos inmediatamente 'vinieron a matarnos', porque esa era la forma en que mataron a mucha gente en esa zona... como la señora que vivía en la pieza al lado: tocaron la puerta y cuando abrió, la dispararon... ¡y era una señora! No debía nada a nadie... (Entrevista a mujer desplazada en Bucaramanga, noviembre de 1998).

En situaciones inseguras como estas en que no se pueden asumir responsabilidades ni pronunciar acusaciones, la única manera de referirse a los que perpetraron los actos de violencia es en neutro: "ayer la violencia pasó por aquí" como si no fuera un acto humano. Se percibe como algo fuera de control aunque parte de la vida cotidiana; actos perpetrados, pero no-sabidos. La violencia viene disfrazada, en la persona del *señalador* quien tiene la cara tapada mientras señala a sus víctimas. En situaciones de éstas, en que no se puede detectar claramente al enemigo ya que todo el mundo puede convertirse en uno; donde los móviles no son claros porque los criterios para ser considerado aliado o traidor pueden haber cambiado; en esos contextos, ser víctima de violencia, desarraigo y desplazamiento suele convertirse en una experiencia extremadamente individual. Por esa razón, los y las desplazadas tienen dificultad en identificar experiencias comunes ni comparten símbolos

de identificación tan fuertes como aquellos que abanderan los desplazados en Sri Lanka, Ruanda o Kosovo.

El género, sin embargo, marca unos rasgos distintivos de la población afectada por violencia. Las representaciones de género y los roles de género se manifiestan explícitamente en los escenarios del terror. A los hombres se les acusa de ser ayudantes en cualquier sentido práctico: a los campesinos porque llevan alimentos al mercado; tenderos porque venden fósforos o cualquier elemento de necesidad para el sustento cotidiano en el campo; meseros porque sirven trago; conductores porque facilitan el transporte.

Un día las autodefensas cruzaron el río muy temprano por la mañana; golpearon las puertas y todo el mundo tenía que ir para la plaza. Luego separaron a los hombres y comenzaron a gritar los nombres de una lista. Me llamaron a mí y me ataron a un poste de la luz –es que en ese pueblo hay electricidad. (...) Al final del día me soltaron porque pude convencerlos que yo no era auxiliar de la guerrilla. Les conté que el propietario del campero era mi jefe, no yo, y que a veces me obligaban a prestar el vehículo... (Entrevista con hombre desplazado en Bogotá, diciembre 1998).

A las mujeres, en cambio, en su condición de madres, se les acusa de criar nuevos enemigos o de ocultar sus hijos para evitar el reclutamiento. Las maestras de las escuelas rurales, en su mayor parte mujeres, son especialmente vulnerables por su visible y políticamente sensible papel en la educación de nuevas generaciones. La acusación más frecuente, sin embargo, en el caso de las jóvenes, es la de ser amantes o novias de los *otros*:

Siempre organizábamos fiestas en la vereda. A ellos les gustaba participar y bailar con nosotros y emborracharse y hacer tiros al aire. A nosotros las muchachas nos daba mucho miedo porque los *otros* podrían pasar y pensar que nosotros hubiéramos invitado a esos hombres... (Entrevista a una joven desplazada en Bucaramanga, 1998).

Para una mujer joven, una simple sospecha, un gesto, una mirada o algún parecido con la imagen de una guerrillera (Uribe, 1999: 285) podría ser suficiente para ser amenazada, violada o torturada y asesinada. Otra amenaza es el reclutamiento, ya que un número creciente de jóvenes campesinas entraron a la guerrilla como soldaderas-esposas de los guerrilleros. Los límites entre la

coerción y el consentimiento en esos casos son difíciles de establecer, pero, sin duda, negarse provocaría el más severo castigo. Entre las familias en Bogotá y Bucaramanga, 6% mencionó el miedo al reclutamiento de sus hijos e hijas adolescentes como motivo principal del desplazamiento.

Las diferencias de género se manifiestan también en las maneras en que se ha vivido el desarraigo de la vida comunitaria. Dos elementos de la historia personal cumplen un papel importante en esa diferenciación: la movilidad geográfica y el grado de participación en vida pública. En la sociedad campesina tradicional, las oportunidades para la movilidad geográfica y social, así como para la participación en la vida pública y el acceso a información presentan claros sesgos de género. Para la mayoría de las mujeres rurales, la movilidad era más restringida que para los hombres. Así encontramos que para ellas la vereda donde nacieron era la misma donde crecieron y donde se casaron. El 82% de las mujeres desplazadas en Bogotá y Santander nunca había vivido en lugares distintos al sitio de donde tuvo que huir, mientras que en el caso de los hombres esa situación alcanzaba 65%. Podría pensarse que la diferencia no es tan grande. Pero, aun cuando las mujeres habían tenido alguna experiencia de movilidad, ésta se había dado generalmente en función de los trabajos transeúntes de padres o compañeros. Sólo pocas mujeres lograron escapar del confinamiento del hogar a través de migración independiente a las áreas de colonización o a las ciudades como empleada doméstica. El otro aspecto del confinamiento de las mujeres campesinas era su baja participación en las organizaciones cívicas o comunales, que todavía aparecen, en comparación con lo que pasa en las grandes ciudades, como un terreno de dominio masculino. Por otro lado, las mujeres sí participaban en alta proporción en las redes informales de relaciones cercanas de la familia y de la vecindad. En este estudio, más de la mitad de las mujeres no había participado en organizaciones formales, ni siquiera religiosas, que tradicionalmente se consideran territorios femeninos. Según cuentan, frecuentemente los maridos prohibían su participación:

Viví con él hasta que lo mataron en una masacre (...), él trabajaba con la organización campesina (...) Yo nunca participé en ese trabajo organizativo; es que a él no le gustaba, me prefería siempre quieta en la casa... (Entrevista con una mujer desplazada en Barrancabermeja, 1995)

Para esas mujeres alejadas de la vida pública, la confrontación con la violencia resultó ser mucha más una sorpresa. La mayoría de ellas no tenía conocimiento preciso de las dinámicas del conflicto en su región y más bien se refugiaban en la idea de que no había por qué la violencia tocara también la puerta de su casa, como aquella campesina que vio matar a su vecina. Los testimonios de las viudas sobre los primeros años de las masacres son muy dramáticos, precisamente por la falta de anticipación y la inmediatez con que tuvieron que huir. Especialmente las viudas, después del asesinato de sus esposos, salían en un estado de total desorientación, empujadas por el miedo y la necesidad de salvar a sus hijos, sin tener una idea precisa a donde ir. Sin tiempo para pensar o ensayar las opciones de refugio, el destino del desplazamiento parecía una cuestión del azar: "Llegué aquí porque el bus no va más lejos", "Quise llevar mi bebé a un sitio lo más alejado posible de ese terrible lugar", "Nos recogió un conductor y yo me dejé llevar a donde fuera" han sido los comentarios más oídos. Las mujeres que se desplazaron más recientemente, ya no manifestaban haber sentido sorpresa cuando la dinámica del conflicto les obligó a salir de su región. Casi 80% de la población salió por prevención ante hostigamiento o amenazas directamente dirigidas hacia ellos –generalmente los hombres– y sólo 16% huyó después de los hechos de violencia –asesinatos o masacres– ya consumados. Aún así, y más por resistencia que por desconocimiento, la mayoría (60%) no anticipó el momento preciso y tuvo que huir sin tiempo de preparación.

Estos arreglos sociales tradicionales de género tienen ciertas consecuencias para los procesos de reconstrucción de identidades de hombres y mujeres en sus nuevos medios urbanos. En sus experiencias anteriores al desplazamiento forzado, se presentó primero el desmoronamiento de los vínculos formales de organización social y política y también de los lazos informales, pero no menos incisivos en la vida pública, del clientelismo político. Era un desmoronamiento gradual que afectó sobre todo a los hombres, tocando su identidad política, sus formas institucionalizadas de participación, su discurso político frente al Estado. Luego, la violencia avanzaba sobre las redes sociales informales, y se inició la erosión de solidaridad y confianza entre vecinos, amigos y familiares –un mundo a que tanto los hombres como las mujeres pertenecían, pero que para ellas muchas

veces representaba su único mundo. Esas rupturas de identidades sociales y tejido social al nivel de la comunidad y la familia, por tanto, han producido más efecto desorientador en la identidad social de las mujeres que en la de los hombres, creando sensaciones como las expresadas por una campesina de la costa atlántica: "Me siento como un barco sin bahía" (Meertens, 1995: 254) En ese sentido, los efectos diferenciados de género del terror y del desarraigo remitan a las viejas dicotomías de lo privado y lo público.

Supervivencia y proyectos de vida en la ciudad

ESTAS EXPERIENCIAS DIFERENCIADAS DE HOMBRES Y MUJERES EN LOS ámbitos políticos y sociales antes del desplazamiento, les dieron vulnerabilidades y potencialidades también diferenciadas en la reconstrucción de sus vidas en la ciudad. La tradición de movilidad de los hombres les ayudó a crear resiliencia al momento del desarraigo, pero tuvo efectos adversos en el momento de potenciar sus capacidades de construcción de nuevas redes sociales. En contraste, la experiencia de las mujeres, de participación en redes sociales informales de soporte cotidiano, les dio a ellas más resiliencia en su nuevo medio urbano.

Al llegar a la ciudad, los y las desplazadas no necesitan solamente condiciones materiales de ingresos, empleo, un lugar para vivir, sino también la oportunidad de encontrar sentido a lo que les ha pasado, para conectar las experiencias pasadas a su situación en el presente y de allí a las esperanzas para el futuro, convirtiendo éstas en proyectos de vida. Las anteriores experiencias inciertas e impredecibles del terror convierten esta tarea de re-encuentro con uno mismo y re-definición de su identidad en una empresa muy difícil. Hombres y mujeres muestran tanto similitudes como diferencias en las maneras en que emprenden esos procesos de reconstrucción identitaria, tanto en su sentido de *hacer* –actividades concretas en aras de la supervivencia y pequeñas iniciativas para el futuro –como en el sentido de *ser*: sobrellevar y superar esa sensación subjetiva de estar –literal y simbólicamente– fuera de lugar. Aquí, el peso de *lo social* y *lo político* en su experiencia previa resulta un factor diferenciador.

El contraste más fuerte entre mujeres y hombres se encuentra

sin duda en las oportunidades de cada uno para insertarse en el mercado laboral y asegurar su supervivencia y de su familia en una u otra forma. Las mujeres consiguen más fácil *trabajo* que los hombres, o sea, ellas son las primeras en desplegar toda clase de iniciativas como venta callejera, lavar ropa, emplearse en el servicio doméstico. Son estas actividades que les dan cierta garantía de sobrevivir a las mujeres, más que a los hombres. Los hombres se encuentran en mayor medida con el desempleo, o por lo menos así lo sienten. Generalmente habían trabajado en labores agropecuarias que constituyen experiencias poco útiles en el nuevo medio urbano. Toma tiempo para capacitarse en los trabajos de la construcción o de la vigilancia, los más fáciles de conseguir. Además, sus actitudes frente a lo que es *trabajo* o *empleo* es diferente de las de las mujeres. En sus labores del campo, se acostumbraban a realizar tareas bien-definidas que requerían fuerza física y dedicación completa. Por ello, difícilmente el término *trabajo* podía aplicarse a los múltiples e irregulares asuntos del rebusque en la ciudad. La mayoría de los hombres desplazados nos contó que habían sido los primeros de la familia en encontrar trabajo, refiriéndose a una ocupación más o menos permanente y formal. Pero la reconstrucción detallada que hicimos con los miembros de la familia entrevistada, de los primeros días después de su arribo a la metrópolis, nos mostraba esposas e hijas vendiendo empanadas en las esquinas, cigarrillos en los semáforos o lavando la ropa de familiares o paisanos a cambio de un alojamiento de emergencia.

Algunos cambios en la división del trabajo se vislumbraron respecto a la participación de los hombres en el trabajo doméstico. Mientras pocos hombres, 12% de los entrevistados, reportaban la realización de tareas domésticas antes del desplazamiento, una vez en la ciudad, la desorganización y el re-acomodo de las necesidades y hábitos cotidianos de la familia elevó la participación masculina en asuntos domésticos y cuidado de los niños a 36%. Sin embargo, los límites entre lo que se hace por necesidad o por solidaridad no son muy claros en este período de transición que caracteriza la situación de los desplazados y por ello la permanencia de los nuevos roles asumidos es bastante incierta. Por el momento, nuestro argumento lleva a que la reconstrucción de la vida cotidiana en las ciudades sea más difícil para los hombres, precisamente porque implica la pérdida de estatus del proveedor del hogar. En contraste, la participación de las mujeres en el mer-

cado laboral puede suministrarles, después de un tiempo, nuevos elementos para la reconstrucción de su identidad, en términos de responsabilidades y sociabilidades no conocidas en el campo. Es en ese sentido que me atrevo a afirmar que perciben una –pequeña y precaria– ganancia en autonomía.

Otro aspecto de las actividades de supervivencia es conseguir ayuda. Las redes familiares, los amigos y paisanos constituyen los recursos de primera línea, tanto para hombres como para mujeres. Pero su ayuda es generalmente de corta duración, pues ellos también suelen pertenecer a las clases populares de escasos recursos. Las familias urbanas de pronto recogen a sus desafortunados parientes en la estación de buses, los alojan y alimentan por unos días y sirven de puente para la búsqueda de alguna actividad económica provisional o para pedir asistencia institucional. Después de un par de días, los presionan para buscarse otro sitio para vivir y defenderse por sus propios medios. En ese momento, comienzan a visitarse las instituciones de ayuda de emergencia. Casi todas las familias desplazadas aprendieron en algún momento cómo llegar a pedir la ayuda oficial. En esa orientación el papel de la Iglesia –los párrocos, la oficina de la Casa del Migrante en la terminal de buses en Bogotá– cumple un papel preponderante. Pasan por la Defensoría del Pueblo, la Registraduría o la Red de Solidaridad Social para conseguirse el registro de su condición de desplazado. Con ese papel mágico llegan a la Cruz Roja para recibir un mercado y a otras instituciones para algún dinero para el pago de su primer arriendo en un barrio popular. Aunque cada paso requiere mucha paciencia, hacer filas, aguantarse el hoy-no-pero-venga-mañana y tratos arbitrarios, la mayoría de hombres y mujeres desplazadas logra beneficiarse con la ayuda humanitaria.

Después de tres meses, esa ayuda de emergencia se acaba y las cosas comienzan a cambiar radicalmente. En las ciudades no existen políticas claras de reintegración –o *reestablecimiento* como reza el término oficial–, ya que las estrategias anunciadas en la ley de desplazamiento y en el último Conpes⁸ apuestan más a remotas e inestables posibilidades de retorno o reubicación en áreas rurales que a la inserción urbana de los desplazados. Las instituciones carecen de recursos, los funcionarios han perdido interés, las acciones institucionales

8. Ley 387 de julio de 1997 y documento Conpes 3057, *Plan de acción para la prevención y atención del desplazamiento forzado*, noviembre de 1999. En Red de Solidaridad Social (2000).

les no tienen coherencia. Conseguir un puesto en las listas del Inco-para para algún proyecto de reubicación; pedir un tiquete de regreso al campo o aplicar para un proyecto de generación de ingresos, se ha convertido en una lucha sin fin con resultados inciertos. Una vez en esa fase, las mujeres prefieren retirarse del concierto institucional. No quieren perder más tiempo con burocracias ineficientes. Además, encontramos que menos mujeres que hombres están obsesionadas con la posibilidad de retorno o reubicación en el campo. Las mujeres están demasiado ocupadas con las dificultades prácticas de la supervivencia cotidiana y emplean todas sus capacidades para establecer vínculos sociales con ese fin: para quién trabajará mañana, cuál vecina cuidará a los niños, a quién puede acudir para algún préstamo de dinero, de una olla, de una libra de arroz.

Mire, cuando yo iba a la Cruz Roja me decían siempre *Venga mañana* ... y de esta manera me tenían yendo durante toda una semana y usted sabe, señora, cada día que pierdo en eso, que no trabajo, ese día mis niños no tiene de comer... (Entrevista a mujer desplazada en Bogotá, diciembre de 1999).

En cambio, muchos hombres muestran perseverancia en sus relaciones institucionales. Los más organizados realizan actos de protesta ocupando instituciones oficiales para llamar la atención del gobierno⁹. La mayoría, simplemente trata de establecer los contactos personales con funcionarios como siempre lo había hecho.

9. Según Codhes, durante 1998 hubo doce acciones de protesta con ocupación de instalaciones oficiales en Bogotá. Codhes, 1999: 358. A finales de 1999 se realizó la ocupación de las instalaciones de la Cruz Roja Internacional, situación que duró hasta octubre de 2000.

“Algún día estaba esperando en la Alcaldía porque quería hablar con la doctora que manda allí, cuando de repente escuché a un doctor diciendo algo sobre un lote de tierra que iban a dar a los desplazados... Me acerqué y le pregunté sobre el asunto. Desde ese día le estoy visitando en su oficina todos los días. De repente me dijo que esa tierra era que había que comprarla, y ocho días después canceló todo el plan porque dizque se había vuelto demasiado problemático...” (Entrevista a un hombre desplazado en Bogotá, marzo 1999).

En esa dinámica, algunos hombres se convierten en visitantes permanentes de las oficinas del gobierno, esperando ayuda, soñando con el retorno o la reubicación, caminando kilómetros y kilómetros para poder visitar cada vez más instituciones o

siempre las mismas, atravesando la ciudad sin dinero para el transporte público y sin asimilar el ambiente urbano. Aún si conocen sus derechos y demandan el concurso del Estado para la reorganización de su vida, terminan enredados en una especie de dependencia institucional que contrasta con el sentido práctico de las mujeres. Este contraste, puesto aquí, desde luego, en términos estereotipados, conlleva diferentes proyecciones para el futuro entre hombres y mujeres. Las responsabilidades de la supervivencia empujan a las mujeres a una más rápida integración y a una orientación más urbana de sus proyectos de vida.

El proyecto de vida implica más que la satisfacción de necesidades inmediatas y abarca la reconstrucción de tejido social, de autonomía y autoestima, relacionadas con la definición de la identidad social del desplazado y de la desplazada y, con ello, la recuperación del sentido de la vida. Esa recuperación no es fácil en dos sentidos. Primero, porque los desplazados constituyen un grupo muy heterogéneo cuyo estatus común no se deriva de alguna característica como la etnicidad o la filiación política. Su carácter es mucho más *circunstancial* y ligado a su condición de habitantes de una región en disputa entre los actores armados. En ese sentido, no pueden defenderse del estigma inherente a ser un desarraigado —que frecuentemente conlleva la idea de *desculturado*—, no tienen una demanda fuerte de justicia y reconocimiento en común que contrarreste la discriminación colectiva. No constituyen, ni a sus propios ojos, ni a los de los demás, lo que Malkki ha llamado una comunidad moral (Malkki, 1992: 3).

Segundo, lo que los desplazados sí tienen en común es una diferencia con el migrante económico. A cambio de éste, el desplazado forzado por violencia no tuvo la intención de migrar, el nuevo lugar no guarda relación con sus perspectivas del futuro. El futuro, por consiguiente, se torna más incierto y como vimos, atravesado por anhelos no-realistas de retornar, búsquedas de reubicación o resignación a un medio urbano no libremente escogido. En cuanto al pasado, el desplazado tiene una memoria perturbada por los hechos de violencia. Comparte con los migrantes económicos muchas nostalgias, pero éstas se han vuelto más abstractas y lejanas en el tiempo. El *antes* ya no era tan idílico cuando tuvo que salir, ya estaba *dañado* por la guerra, manchado por la sangre de vecinos y familiares. La memoria, parte constitutiva de su identidad social, se volvió traumática; el pasado inmediato, innombrable.

Para 84% de los hombres y las mujeres entrevistadas, el sentimiento de ser *desplazado* persiste a través del tiempo. Y son precisamente los sentimientos de nostalgia que fueron nombrados como la razón principal para ese sentirse *fuera de lugar*, convirtiéndose éste en algo más intenso que las mismas adversidades materiales y constituyéndose, con toda su ambigüedad y justamente por no poder resolverla, en uno de los principales obstáculos para la construcción de un proyecto de vida.

CONCLUSIONES: EL PASADO EN EL PRESENTE

LA RECONSTRUCCIÓN DE PROYECTOS DE VIDA Y LA SUPERACIÓN DE LA condición de desplazado constituyen dos procesos complejos, lentos, multi-dimensionales e interrelacionados, mas no idénticos. En ellos se entrelazan las condiciones económicas y materiales con las dimensiones psicosociales que expresan vivencias profundamente subjetivas e intersubjetivas. Raras veces unos y otras se refuerzan mutuamente, sino más bien van conformando un conjunto de nudos difíciles de desentrañar que obstaculizan el camino de la reconstrucción.

Ser desplazado es una condición llena de contradicciones. Por un lado, obliga a inventarse diariamente la supervivencia y para ello se requiere una buena dosis de creatividad. Muchos tuvieron que rehacer sus modestas propiedades y reconstruir los lazos sociales. Otros, y sobre todo otras, incursionaron en actividades y espacios sociales nuevos, y en estos casos nos parece mejor hablar de construcción en vez de reconstrucción de proyectos de vida. Es tal la riqueza del conjunto de iniciativas, pequeños proyectos cotidianos y propósitos para el futuro que encontramos, que nos atrevimos a considerarlos indicios de un proceso de (re)construcción de proyecto de vida, por más que éstos se muevan todavía en el terreno de las relaciones sociales cercanas y las necesidades materiales inmediatas. Pero este proceso no corre paralelo a la superación de la condición de desplazado. Sentirse desplazado es un sentimiento difícil de erradicar. La autopercepción del desplazado se mantiene a través de los años, no obstante la disminución paulatina que ellos mismos experimentan en cuanto al estigma y el rechazo por parte de la sociedad. El imaginario sobre sí mismos, entonces,

se independiza hasta cierto punto del imaginario social, porque en el presente de los desplazados está metido su pasado. La razón de esa percepción de desarraigo tan persistente, por encima de las experiencias de miseria o de desempleo, es decir, por encima de las condiciones materiales, radica, según los mismos entrevistados, en un profundo sentimiento de nostalgia. La cual, a pesar de ser ambigua y estar atravesada por los traumas que también hacen parte del pasado, resulta imborrable. Quizás encontramos aquí la más profunda diferencia entre el migrante económico y el desplazado: el último no eligió el destierro y su nostalgia es de aquel viajero que sabe que no hay retorno.

Afortunadamente, la autoimagen tiene otros componentes. La mayoría de los desplazados se considera una persona valiosa, es decir mantiene su autoestima en alto, puesto que ha logrado conservar su capacidad de trabajo y, en el caso de las mujeres, su capacidad de responder por los hijos. Pero esta esperanza, que hace parte de lo que hemos llamado la parte propositiva del proyecto de vida, entra al poco tiempo en contradicción con las capacidades reales de transformar el entorno físico y económico, en una coyuntura en la cual el desempleo avanza sobre todos los estratos de la sociedad. La inestabilidad laboral se convierte en inestabilidad vivencial y, por ende, en inestabilidad emocional que tiende a socavar los buenos propósitos, reforzar los sentimientos de desarraigo, los ataques de angustia, la persistencia de la nostalgia y la convicción de que ser un desplazado siga marcando su proyecto de vida. Aparentemente, los procesos de reconstrucción de la vida cotidiana pueden coexistir con la condición subjetiva del desplazado.

El género y las condiciones de entorno en cada una de las tres ciudades estudiadas han marcado diferentes pautas en estos procesos objetivos y subjetivos. En síntesis, encontramos que entre más pequeña la ciudad y más cercanía a las zonas de conflicto, menores posibilidades de anonimato, mayor estigmatización, mayor desconfianza política; pero también redes sociales de alta densidad, estrategias de supervivencia que utilizan todo el potencial de la familia extensa, señales de solidaridad entre desplazados y población local y, por ende, más posibilidades de adaptación al medio urbano.

El género es un factor diferenciador a lo largo del proceso de desplazamiento. Pero los mismos esquemas tradicionales que restringen los espacios de las mujeres a los recintos de lo do-

méstico, lo privado y de las relaciones cercanas, se convierten en un acervo positivo frente a los desafíos de la vida urbana. Las mujeres desplazadas tienen más flexibilidad, son más recur-sivas y pueden apoyarse en su larga experiencia de trabajo doméstico, ahora un recurso vendible. Tejen, con más habilidad y menos prevención que los hombres, un nuevo entorno social de reciprocidad y solidaridad al nivel de las relaciones cercanas. Frente a la dependencia de instituciones públicas, prefieren movilizar sus redes particulares. En todos estos sentidos, y pese a la miseria, el desempleo, la nostalgia y ese sentirse desplazada que comparte con los hombres, los pequeños avances en la reconstrucción de su vida cotidiana pueden significar otros tantos en la construcción de su autonomía.

BIBLIOGRAFÍA

- AROCHA, JAIME, FERNANDO CUBIDES Y MYRIAM JIMENO (eds.). 1998. *Las violencias: inclusión creciente*. Universidad Nacional de Colombia, Colección CES. Bogotá.
- ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ Y CODHES. 1997. *Desplazados por la violencia y conflicto social en Bogotá*. Bogotá.
- CARRANZA, MARÍA MERCEDES .1987. *Hola, Soledad*. Editorial La Oveja Negra. Bogotá.
- COCKBURN, CYNTHIA. 1998. *The Space between us*. Zed. Londres.
- CODHES. 1999. *Un país que huye. Desplazamiento y violencia en una nación fragmentada*. CODHES/Unicef. Bogotá.
- CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA. 1995. *Derechos humanos. Desplazados por violencia en Colombia*. Bogotá.
- DANIEL, VALENTINE E. Y JOHN CHR. KNUDSEN (eds.) (1995). *Mistrusting Refugees*. University of California Press. Berkeley y Los Angeles.
- GEERTZ, CLIFFORD. 1973. *The Interpretation of Cultures*. Basic Books. New York.
- LAIR, ERIC. 1999. "El terror, recurso estratégico de los actores armados: reflexiones en torno al conflicto colombiano". *Análisis Político* 37: 64-77.
- MALKI, LIISA .1992. "National Geographic: The Rooting of Peoples and the Territorialization of National Identity among Scholars and Refugees". *Cultural Anthropology* 7 (1) : 24-44.
- MEERTENS, DONNY .1995. "Mujer y violencia en los conflictos rurales ". *Análisis Político* 24: 36-49.
- _____. 1998. "Víctimas y sobrevivientes de la guerra: tres miradas de género ". En Arocha, Cubides y Jimeno. 1998 : 236-265.
- _____. 2000. "Género y violencia. Perspectivas y prácticas de investigación ". En MEERTENS, DONNY Y NORA SEGURA ESCOBAR. 1999. *Éxodo, violencia y proyectos de vida. La reconstrucción de la vida cotidiana de hombres, mujeres y jóvenes desplazados por la violencia: tres estudios de caso*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. Informe final para Colciencias.
- NORDSTROM, CAROLYN Y ANTONIUS ROBBEN. 1995. "The Anthropology and Ethnography of Violence and Sociopolitical Conflict". En *Fieldwork under Fire: Contemporary Studies of Violence and Survival*. University of California Press. Berkeley.
- PÉCAUT, DANIEL .1999a. "Los desplazados: un problema social y

político". *Revista Estudios Políticos*. Enero-junio. Medellín, Universidad de Antioquia.

- _____. 1999b. "Las configuraciones del espacio, del tiempo y de la subjetividad en un contexto de terror". *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. 35. enero-diciembre. 8-35.
- RED DE SOLIDARIDAD SOCIAL. 2000. *Atención a población desplazada por el conflicto armado. Compendio de políticas y normas*. Bogotá.
- ROBLEDO, ÁNGELA Y YOLANDA PUYANA (comps.). *Ética, masculinidades y feminidades*. Universidad Nacional de Colombia, Colección CES. 37-55.
- SEN, AMARTYA .1989. "Development as capability expansion". *Journal of Development Planning* 19: 41-58.
- SOBERNIGO, JOSÉ. 1990. *El proyecto de vida, en busca de mi identidad*. Sociedad de Educadores/Atenas. Madrid.
- URIBE, MARÍA VICTORIA. 1999. "Desde los márgenes de la cultura". *Arte y violencia en Colombia desde 1948*. Museo de Arte Moderno y Norma. Bogotá. 269-286.